

# Jesús

Manuel Díaz Martínez

NOS SALUDAMOS FRÍAMENTE LAS POCAS VECES QUE NOS vimos en Cuba. No había amistad entre nosotros. Quizás lo que entonces la impidió fue el Caso Padilla, que nos puso en bandos contrapuestos. La amistad brotó una noche en Barcelona, donde coincidimos, en 1987, invitados por José Agustín Goytisolo. Aquella noche, después de pasear durante horas, arrastrados de un barrio a otro por nuestro anfitrión, nos sentamos a cenar en una cafetería de la Plaza Catalunya. De sobremesa, tarde ya —José Agustín, soñoliento, se había ido a casa—, Jesús me confesó que estaba preocupado porque se había comprometido con Francesc Arroyo, agente en Barcelona del periódico madrileño *El País*, a enviar a ese periódico, todos los meses, un artículo desde La Habana. La pregunta que Jesús se repetía, y para la que no hallaba respuesta tranquilizadora, era ¿sobre qué escribir y cómo, desde la falta de información y el cepo ideológico del castrismo, para los lectores de un periódico como *El País*? El tema destapó la caja de Pandora de nuestras experiencias personales más recientes y empezamos a contarnos episodios aciagos de nuestro paso por la revolución. Jesús se interesó en conocer mi versión del Caso Padilla y cómo este asunto me había afectado. Cuando terminé mi largo relato, que escuchó sin interrumpirme, elogió con generosidad mi manera de narrar y quiso saber por qué yo no me lanzaba a hacer una novela. Jesús, aquella noche, se convirtió en el primero que me instó a escribir mis memorias. El segundo sería, años después, Antonio Benítez Rojo.

Ambos volvimos a Cuba y en La Habana estrechamos nuestra joven amistad a medida que nos identificábamos en las críticas al régimen. En febrero de 1992, después que el gobierno me echó de todas partes, incluso de mi trabajo en la radio, por haber suscrito la Carta de los Diez y el Proyecto de Programa Socialista Democrático, pude salir de la isla e instalarme en España. Jesús había salido antes que yo y estaba de profesor en la Academia de Cine de Berlín.

Dos o tres días después de mi arribo a España, por el escritor canario Juan Cruz me enteré de que Jesús acababa de llegar a Madrid. Juan citó a Jesús para el bar Chicote, de la Gran Vía, pero no le dijo que yo estaba en Madrid. Quería darle la sorpresa. Era media noche y a lo sumo llevábamos un cuarto de hora en el bar cuando vimos a Jesús en la puerta. Nos divisó y, a medida que se acercaba a nuestra mesa y se cercioraba de que el acompañante de Juan Cruz era yo, iba abriendo los brazos y una expresión radiante, mezcla de asombro y júbilo, le iba invadiendo el rostro. Me puse en pie para recibirlo y me abrazó y, alzándose en vilo, ante las miradas atónitas y divertidas de los parroquianos me dio vueltas y vueltas por aquel salón al tiempo que exclamaba «¡Qué alegría, qué maravilla, te dejaron salir, Manuel, te dejaron salir!» A Jesús le parecía un milagro que la dictadura castrista me hubiese permitido abandonar la isla después de que *El País* publicara en España, estando yo todavía en Cuba, mi artículo «Crónica de un delito anunciado», en el que denuncié los actos de vandalismo y linchamiento cometidos por la dictadura contra sus críticos, y describí el sufrido, a fines de 1991, por la poetisa María Elena Cruz Varela, dirigente de una organización de opositores. Aquella noche Jesús me dijo que tuvo presente ese artículo cuando decidió romper con el régimen y quedarse en Alemania.

El hecho de que Jesús se mudara a Madrid benefició nuestras relaciones. Se hizo costumbre que, cada vez que yo viajara a Madrid (desde fines de 1992 resido en Las Palmas de Gran Canaria), lo cual ocurría y sigue ocurriendo dos o tres veces al año, almorzáramos o cenáramos juntos, en compañía de nuestra entrañable y eficaz amiga Annabelle Rodríguez. En uno de esos contactos, Jesús, el hombre más emprendedor y fértil en proyectos que he conocido, me reveló su propósito, compartido con Annabelle y con el poeta y editor Pío Serrano, de crear una revista de gran envergadura. Me describió el plan de *Encuentro de la cultura cubana* y al instante le di mi apoyo. A partir de la creación de *Encuentro*, de cuyo consejo de redacción formo parte desde el primer número, nuestras reuniones madrileñas se convirtieron en extensas e intensas sesiones de trabajo, a las que asistían otros redactores y también colaboradores eventuales de paso por España. Esos maratones de lecturas de originales e intercambio de criterios, a los que Jesús imprimía gran vivacidad con sus agudas preguntas y promoviendo debates, se coronaban con un menú familiar en casa de Annabelle o con una visita a un restorán del barrio.

Desde su aparición, en 1996, *Encuentro* consumió las mejores horas de trabajo de Jesús y atrajo sobre él un aluvión de ataques políticos y personales, unos procedentes de la isla y otros del exilio. Los de la isla, oficiales, no le importaban; los del exilio le dolieron. En algunas de las largas conversaciones telefónicas que sostuvimos, casi siempre al filo de la madrugada, él en Madrid y yo en Las Palmas, me habló del excesivo peso que se había echado encima con la revista y con *Encuentro en la Red*. Pero estaba seguro, a la vista de los resultados, de que merecía la pena cargarlo. Pienso que tanto peso le reventó la salud.

En abril del presente año, viajé a la isla de Tenerife para intervenir en una mesa redonda sobre Gastón Baquero. Jesús también estaba en Tenerife.

Había ido a presentar su novela *Las cuatro fugas de Manuel*, recién editada por Espasa. El domingo 21 almorzamos juntos, en compañía de su hermano Rolando, en una tasca de Santa Cruz. Yo le había organizado, para el miércoles 24, una presentación de su novela en Las Palmas, ciudad a la que Jesús llegó el lunes 22. El acto, con la participación en la mesa del joven profesor canario Francisco Quevedo García y con la presencia en el público de numerosos intelectuales de la isla, se celebró en la Casa de Colón. Después del acto, un grupo de amigos nos fuimos con Jesús y Annabelle a una taberna cercana. Nunca, como aquella vez, vi a Jesús tan feliz e ingenioso. Se pasó todo el tiempo haciendo chistes, contando anécdotas jocosas, cantando... Hasta el viernes 26 estuvo en Las Palmas, donde dio una espléndida entrevista al periódico *La Provincia*.

El domingo 1 de mayo, ETA hizo estallar un coche bomba en Madrid, muy cerca del edificio donde vivía Jesús. Lo llamé a su casa al oír la noticia en la radio, pero no estaba. Le dejé dicho en el contestador que me devolviese la llamada sin falta, y lo hizo a media noche. Iba en un taxi, me dijo, y vio estallar el coche bomba. Consternado, me comentó la muerte del pintor Francisco Bedoya, un compatriota nuestro que, días atrás, en Madrid, había caído fulminado por un infarto.

Muy temprano, en la mañana del lunes 2, Annabelle me llamó: Jesús había muerto, al parecer mientras dormía. Tenía 60 años, hizo cosas muy importantes y nos dejó en herencia otras por hacer. Con su muerte, el mundo ha perdido un ciudadano a imitar; Cuba, uno de sus escritores más vitales; y yo, un amigo que en «el duro oficio del exilio» se me convirtió en hermano.